

damos. De estas locuras nacieron tantas leyendas aterradoras, cuyo protagonista era la terrible Maga, convirtiendo á su enemigo, por medio de conjuros, en bestia de carga, ó en terrible fiera, y mandando á los demonios; y figurábase á los muertos abandonando su mansion eterna, por la voluntad de aquella mujer afortunada que había logrado penetrar los arcanos de la ciencia. Y suponiendo que unos séres procuran asimilarse á otros séres, y que existen propiedades comunes ó especiales, unas de atraccion y otras de repulsion, creyóse fácil imponer al hombre pasiones determinadas de amor, odio y venganza. Este supuesto hizo fijar la atencion sobre las producciones vegetales, minerales y animales, cuya combinacion se estudió para el logro de dichos fines.

Concediendo á los planetas influencia enérgica é inmediata sobre las cosas de la tierra, creyeron aquellos hombres obcecados que si combinaban las fuerzas esparcidas por todo el universo, podrían dirigir los fenómenos de la naturaleza y reproducirlos á su antojo. Así vemos en la poesía griega las hechiceras evocando con sus conjuros al genio de las tormentas, y desencadenar furiosos huracanes contra las armadas enemigas de su patria; á los griegos sacrificando á Ifigenia para obtener vientos propicios; á Eolo, que en oscuras cavernas tenía encadenadas las tempestades; á las magas de Tesalia, y á Medea y Circe, cuyos encantos trastornaban la naturaleza. Mas con el tiempo desaparecieron estas poéticas creaciones de la literatura, viniendo á reemplazarlas repugnantes brujas con sus aquélarres hediondos, vuelos y nefandos crímenes, que tanto ocuparon al Santo Oficio ántes de lograr que se desimpresionara un vulgo alucinado. Las aberraciones en que naufragaba la civilizacion sólo pueden comprenderse dando breve noticia de las locuras, la supersticion y el fanatismo, que los tribunales de la Inquisicion persiguieron sin descanso. Tribunales injustamente criticados, aún cuando sus enemigos reconocen que debieron ser inexorables contra unas supercherías, bajo de las cuales se cubrían gravísimos delitos.

El deseo de saber los sucesos futuros precipitó á ciertos hombres en prácticas abominables, conocidas con el nombre de *adivinaciones*, fundándose en la creencia de los genios protectores, y olvidando que el Antiguo Testamento prohíbe

las adivinaciones, igualmente condenadas por la Iglesia (1). Mas en aquellas fantásticas inteligencias buscaban la razon para emanciparse del poder de un solo Dios, y hubo gentes atrevidas que intentaron penetrar en los secretos de tan absurdo estudio. Hombres perversos é ignorantes pretendieron celebrar pactos con el diablo, sometiéndole sus almas en cambio de alguna felicidad, que hacían consistir en el logro de mezquinas pasiones; y el vulgo creyó semejantes conciertos, y que los contratantes habían adquirido grande poder por sus conocimientos en las ciencias ocultas. Era, pues, necesario desengañar al pueblo presentándole á sus embaucadores con el saco de penitencia en los autos de fe.

Por el vuelo de las aves, sus cánticos y movimientos, se intentó adquirir la adivinacion, fundándose en la creencia de que los brutos se hallan animados de almas inteligentes, y tienen perfectos sus sentidos; por lo cual, aunque no pueden expresarse, conocen secretos vedados al hombre: nociones que indican por signos comprensibles para una observacion atenta... Pequeño fundamento para suponer posibles los *augurios*, supuesto que los irracionales, indicando cambios atmosféricos, y librándose oportunamente de algun peligro, obedecen á la necesidad de conservar su vida; instinto con el de propagacion á que se limita su pretendida inteligencia.

La evocacion de los espíritus de los difuntos, suponiendo posible someterlos bajo el dominio de algun sentido, y particularmente á los de la vista ó el oido, fué otro género de adivinacion, llamada *nicromancia*. Siendo creencia general que las almas bienaventuradas en la esencia divina ven las especies ó naturalezas de todas las cosas creadas, podrían esperarse grandes revelaciones, si fuera posible comunicarnos con ellas; y con semejante fin, hubo hombres ilusos que pre-

(1) ....*Non augurabimini, nec observabitis somnia... Non declinetis ad magos, nec ab ariolis aliquid sciscitemini, ut polluamini per eos.*—Lev., cap. 19, v. 26 y 31.

*Nec inveniatur in te qui lustret filium suum, aut filiam, ducens per ignem: aut qui ariolos sciscitetur, et observet somnia atque auguria, nec sit maleficus... Nec incantator, nec qui pytones consulat, nec divinos, aut querat a mortuis veritatem... Omnia hæc abominatur Dominus.*—Deut., cap. 18, versículos 10, 11 y 12.



tendieron evocarlas creyéndose con potestad para hacerlas comparecer á su presencia (1). Intentaban reproducir el admirable ejemplo que la Santa Escritura nos ofrece en la aparicion de Samuel ante el rey Saul, anunciándole un castigo inmediato de sus pecados. Los supuestos necrománticos pretendieron este poder con fórmulas y ritos cabalísticos de fuerza que suponían irresistible.

Igual fin buscaban los antiguos *arúspices* consultando las entrañas de víctimas inmoladas en el templo, y llegó su fanatismo al bárbaro extremo de hacer observaciones en la carne humana, sacrificando seres racionales ante su deidad cruel. Llevóse la superchería por otros caminos, y el sueño vino muy á propósito para engañar á un vulgo ignorante, con lo cual, si no lograron éxito sus profesores en este género de adivinacion, han demostrado al ménos que el *somnambulismo* no es invencion moderna. Fueron los encantadores unos charlatanes atrevidos, siendo cierto que si algo notable al parecer hubo en sus maniobras, debióse á la destreza con que obraban, ó tal vez al conocimiento de efectos naturales desconocidos para gentes cuya imaginacion procuraban fascinar (2). Los prestidigitadores que hoy divierten al público habrían desempeñado un papel importante en aquellos tiem-

(1) Nuestra alma tiene en esta vida dos conocimientos: uno *intelectivo*, que ejerce con el entendimiento; y otro *sensitivo*, porque lo ejerce con los sentidos corporales. Separada del cuerpo, sólo conserva el primer conocimiento, porque el entendimiento es inseparable del alma. Largo sería para una nota el explicar algunos pasajes de la Sagrada Escritura, que parecen opuestos á esta doctrina.

Segun Santo Tomás, el alma bienaventurada conoce todas las cosas que fueron criadas ó pueden criarse, y las conoce en tanto mayor ó menor grado, segun los grados que alcanza de *lumbre de gloria*; pero dichas cosas no las conoce como son en sí y en su propia naturaleza, sino en la divina esencia que unida al entendimiento del alma, suple lo que habían de hacer las propias especies.—1.ª par., quest. 12, art. 6.º

(2) Eran diferentes las fórmulas, segun el fin á que iban dirigidas:

Llamábanse *hechizos*, cuando la invocacion era *per carmina*. *Encantamiento*, interviniendo la música y el canto. *Maleficios*, para inficionar á una persona. *Aojo*, para enfermar á los niños. *Sortilegio*, para violentar la suerte en favor de alguno. *Filtros*, brebajes administrados para inspirar pasiones carnales.

pos; y el ventrílocuo, haciendo resonar sus gritos en el espacio, ciertas noches tenebrosas, hubiera impuesto á la gente sencilla, afirmándola en su credulidad sobre la *nigromancia* ó invocacion de los demonios.

Tambien los hombres dados al estudio cayeron por vanidad en creencias bien absurdas. Como los planetas indican ciertos fenómenos de la naturaleza, se dijo que estaban animados por inteligencias superiores, cuya proteccion lograba el hombre honrándolos con reverente culto. Medio infalible se consideró la *astrologia judiciaria* para entender la ciencia del porvenir. Creyeron otros que sólo existe en los planetas cierta influencia directa sobre el temperamento, el genio y las inclinaciones del hombre, y de aquí deducían sus costumbres, fortuna y probable fin. Tomaban exactamente el momento del natalicio para formar el horóscopo, consultando la situacion y lugar que en su rápido curso debieron ocupar los astros mientras nació la criatura objeto de aquellas investigaciones. Mas como en dicho instante, por muy breve que sea, cambian los planetas sus movimientos en algunos grados, no es posible determinar con exactitud dicha situacion. Dividieron la esfera en doce partes, empezando por Oriente, y se concedió á los planetas grados de fortaleza ó debilidad, é influjos diferentes relacionados con los signos en que se colocan, segun los consideraban rectos, oblicuos, ó directos, retrógrados y estacionarios, con otra porcion de supuestos arbitrariamente establecidos, como sus exaltaciones, aspectos, triplicidades, y los domicilios diurno y nocturno de todos ellos (exceptuando al Sol y á la Luna) en las doce estancias. Mas bien pronto quedó probada la inutilidad de dicha ciencia, porque no pudieron los astrólogos concertarse en alguna hipótesis deducida de principios generales: y unos adoptaron el sistema caldeo, que combatían otros, viniendo por fin Juan Regiomonte con su método llamado racional, aún cuando estaba en oposicion con el sentido comun. Comprendióse por fin la superchería de estos estudios, por el resultado contradictorio que producía cada sistema con iguales datos en idéntica investigacion, lo cual demuestra su carencia de principios fijos y que dichos astrólogos fueron sólo unos charlatanes que supieron explotar la credulidad de ciertos Príncipes, muy aficionados á saber su horóscopo. El arte



tuvo muchos profesores, cuyos trabajos eran recompensados abundantemente; pero lo fallido de sus cálculos concluyó con ellos, concitándoles el desprecio general (1). La astrología judiciaria envuelve un error teológico, suponiendo al hombre dominado por una influencia que destruye el libre albedrío y le hace irresponsable de sus faltas. En el orden natural es bien absurda esta teoría, porque nacen muchas criaturas en igual momento bajo de la misma influencia astronómica, y sin embargo, sus destinos en la vida son totalmente diversos.

La Iglesia condenó desde su origen creencias tan absurdas (2), y los Santos Padres combatieron igualmente dicha enseñanza. Las preocupaciones y supercherías llamadas ciencias ocultas, nacieron de imperfectos conocimientos en astronomía, química é historia natural, que hicieron suponer á todos los séres, orgánicos é inorgánicos, dotados de facultades inspiradas por sus genios. Moises demuestra sus grandes conocimientos científicos (3), y que conservaba fielmente las tradiciones reveladas por Dios al primer hombre. El legislador hebreo recordó á su pueblo que existe un Dios, y una providencia general y particular, y que los astros carecían de inteligencia, habiendo sido criados *para el servicio de todas las gentes que viven debajo del cielo* (4). Prohibió además toda práctica supersticiosa, para precaver al pueblo fiel contra las im-

(1) Desengañado S. Agustin de estas investigaciones á que se había dedicado con afán, escribió sobre la astrología judiciaria lo siguiente: *...Es argumento ciertísimo que prueba evidentemente que se acierta por casualidad, y nó por reglas de ciencia, cuanto se pronostica despues de observados los astros: ántes bien, puede asegurarse que si estos pronósticos resultan falsos, es por la falibilidad y equivocacion de la suerte, nó por ignorancia de dicho arte.* (Conf. t. 2, lib. 7, cap. 6.) Igual opinion emite en el lib. 3 de la *Ciudad de Dios*, y en otros pasajes de sus obras impugna tan absurda creencia.

(2) El Dic. de Derecho can. cap. 2, de *sort.*—Conc. Trident. Indic. de lib. prohib. reg. 9.—Sixto IV, su bula contra los astrólogos.

(3) Los libros que escribió Moises fueron inspirados por Dios.

(4) *Ne fortè elevatis oculis ad cælum, videas Solem et Lunam, et omnia astra cæli, et errore deceptus adores ea et colas quæ creavit Dominus Deus tuus in ministerium cunctis gentibus, quæ sub cælo sunt.*—DEUTERON., cap. 4. vers. 19.

posturas (1). La cosmogonía de Moisés no puede enmendarse á pesar de los grandes adelantos que han hecho las ciencias naturales, y del empeño demostrado por los impíos en desacreditarla. Contra las prohibiciones de la ley mosaica hubo gentes entregadas á estudios supersticiosos; y despues de establecido el cristianismo, siguiéronse profesando las ciencias ocultas, y especialmente la astrología judiciaria. El papa Sixto V determinó sobre este punto lo que podía ser lícito, limitando el pronóstico á los cambios atmosféricos (2), necesarios para la navegacion, agricultura y medicina. Mas la adivinacion de los futuros contingentes, así como el horóscopo, quedaron prohibidos de nuevo en dicha bula, encargando al Santo Oficio que vigilara este grave asunto, por cuyo motivo fué uno de los delitos que castigó con mayor severidad.

Algunos séres perversos ó soberbios no se detuvieron por esto, continuando sus estudios sin atender á que si existiera la misteriosa ciencia, y en sus arcanos pudiese penetrar el hombre, llegaría osado á igualar su poder con el poder divino; y que es imposible la combinacion de fuerzas atractivas para que los séres de este mundo inferior se asimilen con los del orden espiritual, porque no pueden confundirse la materia y el espíritu. Mas el empeño de cultivar las ciencias ocultas hizo al hombre incurrir en las supersticiones que dejamos indicadas, y en las extravagancias judiciarias, suponiendo en los astros una influencia extraordinaria y absoluta sobre las criaturas racionales: en errores fisiológicos, pues considerando al hombre como un pequeño mundo, compara sus fenómenos con los del universo: y en absurdos químicos, que le empeñaron en operaciones infundadas para descubrir ciertos secretos de la metalurgia. De estas creencias nacieron las inútiles investigaciones sobre el horóscopo, la piedra filosofal (3) y panacea universal. Con el auxilio de la ciencia ocul-

(1) *Nolite converti ad idola, nec deos constatiles faciatis vobis. Ego Dominus Deus vester.*—Lev. 19, vers. 4.

(2) *Cæli et terræ creator Deus.*

(3) La manera de fabricar el oro ha ocupado tanto á ciertos hombres que juzgamos curioso dar una breve idea de la razon en que fundaron sus especulaciones. Decian los alquimistas que el mercurio y azufre son los principios componentes de todos los metales, distinguiéndose unos de otros



ta pretendió algun iluso conocer en las plantas y metales todas sus virtudes para la composicion de drogas y anillos, capaces de producir afectos morales, haciéndose invisible y fabulosamente rico: locuras en que soñaban esperando combinar las propiedades de la materia con las de los planetas y del hombre: y por iguales medios se pretendió comprender el grito de los irracionales, la manera de fabricar el oro y un remedio cierto y general contra todas las dolencias, y como ya se ha dicho, el secreto para conocer los futuros contingentes.

Todas estas creencias contribuyeron á crear grandes supersticiones, que apoderándose del criterio público, habrían hecho imposible la civilizacion humana; y los pueblos entregados á sus magos y hechiceros hubieran retrogradado á la barbarie más abyecta. Entre tanta superchería y preocupacion, fué la magia el error que más fácilmente alucinó la credulidad vulgar, y no podrá desconocerse la necesidad de algun medio represivo de más fuerza que los códigos civiles, cuya ineficacia sobre este punto venía demostrando la experiencia. Creáronse los tribunales del Santo Oficio contra las supersticiones, que hicieron desaparecer dispensando importantes servicios á las gentes ignorantes que vivían aterradas bajo la influencia, el poder y malas artes de las brujas y hechiceros. Al ménos sobre este punto no se negará que fué útil y oportuna la creacion del Santo Oficio. Mas acerca de este asunto nos ocuparemos en el capítulo siguiente, considerando á la magia y hechicería, como el resultado práctico de las ciencias ocultas, y se recordará la importancia que tuvieron estas mentiras en su época, sirviendo de pretexto para grandes crímenes, que ocupan muchas páginas y preferente lugar en los anales de la Inquisicion.

por su perfeccion accidental, que hacian consistir en la más perfecta depuracion de dichos principios: para conseguir su pureza no conocian otro medio que los agentes filosóficos, el mismo azufre y el mercurio, que pueden extraerse del oro descomponiéndole hasta reducirlo á sus principios constitutivos: los cuales, perfeccionados por el arte, adquieren la virtud de penetrar los metales sometidos á su accion convirtiéndolos en oro, porque perfeccionan su tosca composicion depurando sus constitutivos. Estos polvos en que se logra reunir la virtud transmutativa, es lo que llamaron *piedra filosofal*.

## CAPITULO VII.

### LA MAGIA.

Su origen y conexiones con el politeismo.—Sus equivocaciones sobre botánica.—Sus errores metafísicos.—Lo que es licito y prohibido respecto al culto de los espíritus benéficos.—Prohibiciones del Pentateuco y de la Iglesia.—Castigo de hechiceros.—Dios ha permitido algunas apariciones de espíritus.—Los exorcismos ordinarios y extraordinarios.—Como se entienden.—En los fenómenos naturales interviene la divina Providencia.—Sólo Dios puede hacer milagros.—Los Santos Padres combatieron la magia, por cuyo medio quisieron obrar prodigios los Gnósticos y Maniqueos.—Comatióles Orígenes.—Debe en este asunto distinguirse lo verdadero de lo falso.—Milagros de Moises.—La Pitonisa de Endor.—Job, Sara, etc.—No es posible celebrar pactos con el diablo.—Estudios de los Arabes sobre la magia.—Las cuevas de Toledo y Salamanca.—No son posibles las transformaciones mágicas.—Son recuerdos del politeismo conservados por los poetas.—Las transformaciones verdaderas de Nabucodonosor y de la mujer de Lot fueron milagros de Dios.—Los juicios del Santo Oficio contra delitos de magia.



La propension que tiene el hombre hácia todo cuanto es grande y maravilloso, fué una de las causas que concurrieron para dar importancia y crédito á las artes mágicas. Nuestra imaginacion acalorada suele abultar ciertos sucesos, dando valor á hechos naturales que de una en otra referencia se van exagerando hasta llegar á lo extraordinario. Copiláronse acontecimientos de este género en libros destinados á entretener el ocio, y resultó acreditada la mentira en el criterio de las gentes crédulas. Así Apuleyo (1) y Marco Antonio Veneto, con otros autores de la antigüedad, contribuyeron á extender dicha creencia entre los hombres. Ciertas fantásticas leyendas preocuparon el entendimiento de personas ilusas, haciéndolas creer posible dicho arte, en el que pretendían iniciarse, invocando el auxi-

(1) En su libro titulado *el Asno de Oro*.